

Relato Corto

Desamparo

Juan Alonso Hierro

Profesor Titular de Universidad, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid; jahierro@cps.ucm.es

Cuando Fanny leyó la carta, supo que era el final.

...Creía poder soportar todas las penas, todas mis penas y dolor, mientras fuera capaz de expresarlas en la música, si conseguía ponerlas, desgranarlas en las notas de mi música... sin la que seguramente, usted lo sabe bien, me hubiera vuelto loco desde hace mucho tiempo.

Eso me ha mantenido vivo, así he podido ir viviendo.

Experto en el disimulo, maestro del disfraz. Como querían verme, he intentado mostrarme. Esfuerzo agotador y, al final, baldío... Mi obra ha sido mi desahogo, mi libertad. Mi obra, mi música, soy yo.

Pero se va cerrando el cerco, ¡qué importa!. No me dan tiempo, ni tengo ánimo para una nueva careta.

Toda esperanza se ha desvanecido y me encuentro sin fuerzas para emprender cualquier camino, para iniciar nuevas búsquedas... Nada queda por manifestar, ¿a quién?, ¿para qué? ; sólo el silencio. ¿ Qué música puede recoger mejor que el silencio este desapego, esta sensación de pérdida absoluta que me atenaza?... ¿Ha escuchado, ha sentido alguna vez el silencio, el silencio total?.

¿Acaso alguien puede sustraerse a su destino? ¡Ilusos! Creemos burlarle y sólo está aguardando, al acecho de su momento.

Al visitarla a principios de este año, inconscientemente, buscaba en usted ese mismo refugio que me brindó tras la muerte de mi madre, cuando aún era un niño –ese niño de porcelana que me decía-. Buscaba su fortaleza, su ánimo para afrontar la realidad por cruda y dolorosa que ésta fuera. Esta vez, ¡los años son inmisericordes para todos!, no pude engañarme. Ni refugios ni comprensión.

Se estrenó mi sexta sinfonía –en la que, créame, he puesto toda mi alma- y tampoco la han entendido, tampoco me han comprendido... Quizás, no sé, Rimski, pero ¡qué más da!.

La han admitido con deferencia e indiferencia, con frialdad, porque no les gusta, porque no soy de los “suyos”, ¡nunca lo he sido, nunca he sido de nadie!.

Únicamente mi madre, mi querida hermana Sasha, tal vez usted, me han respetado, comprendido... querido; han sido mías y yo suyo. Desde hace algo más de dos años nada sé de Nadejda; me ha retirado su apoyo, su confianza... ¡Cuánto supuso para mí su desinteresada generosidad, su ayuda incondicional! Me niega, me impide la palabra. Me he convertido en un apestado, también para ella.

Me he resistido, pero ahora ya lo sé. Sólo me queda dejar que hable el silencio. Fatalmente se ha cumplido mi destino.

Suyo devotísimo

Piotr Illich

Llueve débil pero de forma persistente. De hecho, lleva lloviendo desde hace días y se respira humedad y frío, preludio del invierno ya cercano. Los negros nubarrones, henchidos de agua, filtran la escasa y declinante luz de media tarde que apenas ilumina las calles.

Piotr se dirige apresuradamente hacia su casa. Parece querer evitar, como avergonzado, a las escasas personas que se cruzan en su camino. El cuello del gabán casi oculta su cara demacrada, de la que sólo es posible vislumbrar la barba blanca y los ojos enrojecidos. Por su espalda encorvada y sus hombros caídos, cualquiera que se detuviera a observarle pensaría que carga con un pesado e invisible fardo. En su precipitación, tropieza a menudo, pero no se detiene... Sigue, sigue deprisa, hasta llegar a su casa.

Nadie le espera en ella. Nadie a quien contar su humillación, a quien dar explicaciones, de quien recibir consuelo... Con mano temblorosa consigue introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. Se despoja del abrigo que cae al suelo y va directamente a la biblioteca, dejándose caer él también sobre el viejo sillón, que le acoge silente y cálido. Pasan largos minutos hasta que se incorpora y enciende el quinqué que ilumina el escritorio. Toma papel y pluma, pero aún no se decide a escribir. Cierra los ojos.

Madre, madre, si tu estuvieras aquí... O tú, mi querida Sasha, querida hermana... Pero ¿lo entenderíais?... ¿Me atrevería a decíroslo?... ¿Entenderíais al perverso sodomita? Porque esa es la acusación, la pública acusación, de la que ya no puedo escapar...

Alexander... Nimia aventura, entre tanto desvarío... La tersura y calidez de su piel, sus ojos vivaces, su sonrisa tímida y distante, su juventud, sí, su limpia y arrogante juventud, me distraían de la muerte. La muerte, siempre presente, tan cruelmente irónica y descarnada, día a día más próxima, corrompiéndolo todo. ¡Qué mentira, qué estúpida imprudencia!...

Ya no puedo huir más, ya no. No puedo huir, tampoco luchar. No soporto el peso del estigma... ¿Quién me protegería? ¿Quién me puede proteger de mí mismo?... No soy capaz, ya no soy capaz de vivir. Estoy cansado, muy cansado.

Y al fin, con letra insegura escribe: "Al Tribunal de Honor de la Escuela de Jurisprudencia", libremente y en plena posesión de mis facultades físicas y mentales, acepto su sentencia y mi destino. Piotr Illich Tchaikovsky.

Se levanta y se sirve una copa de brandy. Abre el cajón del escritorio, extrae un pequeño frasco y vierte los polvos que contiene en la copa. El arsénico no tarda en hacer efecto.

P.S.: La causa de la muerte de Tchaikovsky es incierta y permanece sin aclarar. Oficialmente se atribuyó al cólera; epidemia frecuente en la época, debida al agua contaminada. Sin embargo, muchos de sus biógrafos –con documentos y pruebas de presumible solvencia– mantienen la tesis del suicidio.



© 2018 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.